

PROYECTOS DE INVESTIGACIÓN DEL INAH

Una nueva forma de inhumación en el norte de México

Antrop. Fís. Alfonso Rosales López
CENTRO INAH BAJA CALIFORNIA SUR

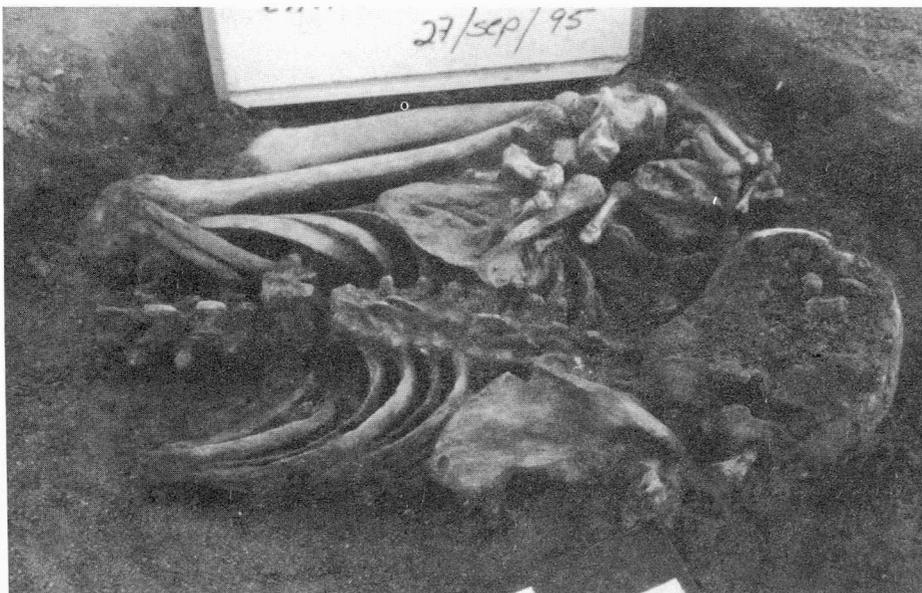


Foto 1

Desde la perspectiva arqueológica, la región de El Cabo en la península de Baja California se ha caracterizado por la peculiar forma en que los indígenas de la época prehispánica inhumaban a sus muertos; así, son muy conocidos los entierros secundarios pintados de rojo. Sin embargo, para los entierros humanos realizados en lugares abiertos nunca se han reportado características especiales que indiquen ceremonias complejas, a no ser las relacionadas con el amortajamiento del cadáver, la posición flexionada (en menor frecuencia la extendida) y, en ocasiones, la colocación de algunos objetos de uso doméstico u ornamentales de tipo utilitario. Las inhumaciones se hacían en lugares donde los nativos realizaban sus actividades cotidianas, por lo que resulta común encontrar entierros humanos en los concheros arqueológicos.

Sin embargo, este panorama aparentemente simple cambió radicalmente después de excavar un conchero cercano a la ciudad de La Paz: El Conchalito. Esta excavación no sólo permitió descubrir una nueva forma de entierro, sino también -después de ocho años de continuos estudios-, desentrañar los mecanismos involucrados en esas extrañas inhumaciones y postular una hipótesis que pudiera explicar tan peculiar comportamiento.

Foto 2



En 1992 se encontraron los restos óseos de un individuo adulto de sexo masculino, de entre 25 y 30 años de edad al momento de la muerte, aparentemente flexionado en decúbito dorsal, con el cráneo al este y el facial dirigido al este (foto 1). Una observación cuidadosa del esqueleto mostró que la cabeza, tronco y miembros superiores estaban en relación anatómica normal; sin embargo, al término de la columna vertebral, ésta se interrumpía, pues la mitad inferior (cadera y piernas), que conservaba su forma flexionada y articulada, había sido movida de su lugar y colocada frente al tronco, al cual cruzaba diagonalmente: la cadera quedaba frente al facial y la región de las rodillas sobre las últimas costillas. En principio se pensó que este entierro había sido resultado de una ceremonia de sacrificio humano, pues la inhumación era de tipo indirecto: sobre el esqueleto se había detectado una formación circular que sobresalía en la playa y que se trataba de una mezcla preparada artificialmente compuesta por arena, ceniza, carbón, polvo de concha (carbonato de concha), concha fragmentada y concha entera, que combinada con el agua marina dio como resultado una mezcla cementante. Tenía un espesor de entre 40 y 60 cm. y una dureza considerable; sobre su superficie habían sido colocadas varias conchas en forma circular.



Foto 5

miento: alguno de ellos colocaba las manos sobre la cadera y tomando también las piernas (las cuales seguramente todavía conservaban parte de la mortaja), aplicaba giros de derecha a izquierda y viceversa que, acompañados de un fuerte tirón hacia atrás en el sentido longitudinal del cuerpo, lograban separar el tronco de la cadera. Tal separación regularmente ocurría a nivel de la cintura (región lumbar), aunque en algunos casos parece ser que se daba entre la última vértebra de la columna y la cadera (5a. lumbar y el sacro). Logrado lo anterior, la porción inferior se colocaba a un lado o encima del tronco, poniendo los huesos a la altura del facial o posterior del cráneo. Después, continuando con la ceremonia funeraria, se depositaban conchas, ceniza y carbón arriba del cuerpo y se procedía a tapar la tumba, con lo que concluía el ceremonial fúnebre. De hecho, casi es seguro que este proceso fuera realizado por personas especializadas en este arte, posiblemente hechiceros, quienes llegaron a poner a punto este procedimiento, que incluso les permitió seccionar varios segmentos corporales sin que se les desorganizaran, como se ejemplifica con el entierro 3 de un individuo adulto y el 17 de un infante entre 0 y 1 año de edad. Sin embargo, es importante mencionar que no se descarta la utilización de algunas lascas o cuchillos de piedra para lograr desprender los tendones y ligamentos más fuertes, sin que necesariamente hayan dejado huella sobre los huesos.

Con la finalidad de establecer si esta costumbre funeraria fue observada por alguno de los primeros viajeros y misioneros que vivieron en la antigua California, fueron revisadas todas las fuentes históricas disponibles, encontrándose la siguiente referencia en el libro del padre jesuita Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la*

Península Americana de California: "...A pesar de que uno de ellos me dijo que en tiempos anteriores (los indios), acostumbraban fracturar la espina dorsal a sus muertos antes de enterrarlos, y fírarlos a la fosa enroscados como una bola, con el pretexto de que, sin ejecutar esta bestialidad, los difuntos resucitarían...". Esto podría en alguna forma explicar los entierros girados que presentaban dos posiciones, puesto que ello implica una fractura real de la columna al nivel de la cintura; los seccionados a la mitad serían una evolución de los anteriores y su más alta expresión serían los cuerpos seccionados en varias regiones. Pero había un pequeño problema, ¡los indios ignoraban el concepto de resurrección! Por ello, esta explicación resulta poco satisfactoria. Para responder a esta incógnita fue necesario revisar las costumbres funerarias de varios grupos parecidos a los californios y que han sido reportados por exploradores, etnólogos y misioneros, no sólo del norte de México sino también alrededor del mundo. Esto ha permitido enmarcar esta costumbre funeraria en las llamadas dobles exequias que, en términos generales, han sido descritas para varias de las sociedades mal llamadas primitivas, pero que presentan



Foto 6

particularidades específicas para cada población.

Resulta imposible describir en detalle esta nueva forma de inhumación y las pruebas que lo soportan en el poco espacio disponible en *Diario de Campo*, pero hay que decir que no tiene paralelo en los entierros descritos para el norte de México, incluyendo a aquellos realizados en ollas y a los descuartizados. Por ello, es importante mencionar que actualmente se está preparando un trabajo en extenso que dará cuenta de los detalles de esta costumbre funeraria, las ceremonias asociadas y la probable ideología religiosa asociada a ella.

Así, aprovechando este importante medio de comunicación entre colegas de diferentes especialidades, agradecería a los interesados (antropólogos físicos, arqueólogos, etnólogos, historiadores, etcétera), me envíen comentarios al respecto. Mi correo electrónico es:

guama@balandra.uabcs.mx; también pueden dirigirlos al Centro INAH Baja California Sur: Aquiles Serdán 1070, entre Encinas y Navarro, Col. Centro, CP 23000, La Paz, Baja California Sur, México, tel. (01) 112-2-73-89 y (01) 112-3-03-99.

Finalmente, es justo dar reconocimiento a los investigadores que en algún momento participaron en las excavaciones de El Conchalito: el antropólogo físico Mario Ceja Moreno de la Dirección de Antropología Física, las arqueólogas Harumi Fujita, Ma. de la Luz Gutiérrez M. del Centro INAH Baja California Sur, Laura Esquivel M. del Centro INAH Jalisco y al C. Quintín Muñoz Garayzar, del Museo Regional de La Paz B.C.S.